

## Evocaciones

La Comisión de Publicaciones evoca, en esta página, la figura de dos compañeros, recientemente desaparecidos que estuvieron estrechamente vinculados a nuestro quehacer editorial: Sarah Cavagnaro de Britos y Juan Carlos Neme.

Juan Carlos formó parte del Comité Editor en el período 1988-1990, y Sarah se desempeñó como suplente del Director (en ese momento lo era el Dr. Marcelo Viñar) en los años 1990-1991. Para ellos, nuestro recuerdo, y la tristeza de su ausencia en este número de conmemoración de nuestros cuarenta años.

### Juan Carlos Neme

El pasado mes de setiembre acompañamos los restos de Juan Carlos Neme, inhumados en el Cementerio Central. Había sobrellevando una penosa enfermedad neurológica que no minó su lucidez ni su coraje. En la oportunidad, la Comisión Directiva de nuestra Asociación me encomendó que la representara en las honras fúnebres, tarea que cumplí asimismo, en nombre del Departamento de Psicología Médica de la Facultad de Medicina y de la Sociedad de Psicología Médica y Medicina Psicosocial. En el Departamento universitario, Neme se desempeñaba como Profesor Adjunto y de la Sociedad Profesional afín fue el Presidente en la etapa fundacional. Asimismo, en la Facultad había participado activamente en la labor de la Comisión encargada de funciones de coordinación en el Área de Salud Mental.

Juan Carlos era médico psiquiatra y fue Miembro Titular de nuestra Asociación.

Quisimos destacar en él la relación estrecha, solidaria, entre calidad de vida y calidad de muerte, ambas fundadas y coronadas en la correlativa dignidad—de vida, de muerte—y enraizadas —calidad, dignidad— en la siempre renovada cuestión del sentido de la vida. Hablamos del quehacer intenso del compañero, en su integración a grupos de trabajo o de estudio. No era de los que van a la primera reunión con el propósito de figurar y aparecer en las fotos. Era consecuente, ponía la contribución de un interés responsable. Podía encontrarse en él un interjuego que si lo mostraba ávido (por ejemplo, en sus lecturas) lo evidenciaba pródigo en no menos grado, era capaz de prodigarse con generosidad. Y la generosidad, que es la justicia que levanta el corazón, nos acerca a la necesidad de reconocimiento que tal vez muchas veces —como nos pasa

a todos— experimentó Carlitos. Personalmente, en más de una oportunidad, nos gustó reconocerlo en su certera evaluación clínica, devolviendo la sensatez a esas discusiones que amenazan con la pérdida de las referencias.

Sea para dar fundamento a su protesta por el destino que se había abatido sobre él, sea, por el contrario, en esos momentos de sereno reencuentro en que el alma se empoza en su calma, deseamos fervientemente que se haya permitido exclamar, como Antonio Machado “soy, en el buen sentido de la palabra, bueno...” Y que esta certeza contribuya, ante todo, al consuelo de su esposa, nuestra colega y amiga Raquel Morató de Neme y al de sus hijos.

*Marcos Lijtenstein*

*Octubre, 1995.*